

Esperanza cristiana y compromiso político, fundamentos para la búsqueda de un nuevo mundo y un hombre nuevo.

JÚLIO DE SANTA ANA, S. J.

Christian Hope and Political Engagement, Bases to a Search for a New World and a New Man

In our present Latin-american situation it is necessary to think about christian hope in order to help those who look for a new man in a new society. The author tries to present some hints to this subject. For the Bible, man and society are in a state of realization. The final objective, expressed through various symbols, is being effected through different historical circumstances.

"New man" and "new society", these are inseparable objectives of the one and the same historical process. If our society lets two-thirds of the human being suffering necessities of the first order, the promise of God that feeds the christian hope requests the human work in favor of a better human life.

How will the new society look for new man? The author tries to present a socialized society in which the spirit of solidarity substitutes the spirit of competition.

Resulta difícil encarar en forma concreta el tema que nos fue propuesto por los organizadores de esta **IV Semana de Reflexão Teológica** en São Leopoldo. Dicha dificultad proviene fundamentalmente del que, por el momento, no se ha visto claro (al menos en nuestro contexto latino-americano) la relación entre la promesa de Dios que nutre a la esperanza cristiana y el compromiso político de los creyen-

tes. En efecto, entre nosotros y durante los últimos seis o siete años, el compromiso político de los cristianos se ha dado a partir de una cierta comprensión del **agape** que ha llevado a tomar posiciones en favor de los pobres y oprimidos, o a partir de una cierta visión de la justicia de Dios que ha motivado a los creyentes a determinada acción política de carácter generalmente radical y progresista. Difi-

cilmente estas opciones se han concretado a partir de una reflexión que tuviera como primordial a la esperanza cristiana. En este sentido, el caso de Camilo Torres es particularmente ejemplar: él apreció claramente la necesidad de un discipulado cristiano que se concretara en una acción inequívoca, pero no menciona a la esperanza como fuente de la acción, sino al amor (Cf. N. Habegger: **Camilo Torres: El Cura Guerrillero**, pp. 129-130. Ed. A. Peña Lillo; Buenos Aires; 1967).

Sin embargo, no pueden caber dudas sobre el hecho de que el pensamiento de teólogos tales como Metz e Moltmann (para citar a dos europeos), o de Rubem Alves (entre los latino-americanos; Cf. **Religión: ¿Opio o Instrumento de Liberación?** Ed. Tierra Nueva; Montevideo. 1970), que bien pueden ser colocados entre quienes están nutriendo filas en la corriente de la teología de la esperanza, está ofreciendo un apoyo muy claro a quienes están optando hoy en favor de un compromiso político que, a la vez que intenta luchar por un mundo más justo y humano, también procura traducir en términos de acción la esperanza que dinamiza a la fe cristiana en la búsqueda de un nuevo futuro. A pesar de ello, por el momento estos pensadores no son muy citados ni tenidos en cuenta entre quienes procuran abonar con sus estudios e investigaciones la acción de las vanguardias políticas y teológicas latino-americanas.

En realidad, y cuando mucho, este tipo de reflexión teológica al que estamos haciendo referencia,

ha servido de puntal y sostén a quienes ya estaban — como cristianos — actuando políticamente en movimientos que procuran un cambio significativo (más o menos radical) de la sociedad latino-americana. Con esto queremos decir que los ha ayudado, en una primera instancia, a comprender mejor las razones profundas y la orientación final de sus definiciones políticas en el horizonte propio de la fe cristiana, y sobre todo, las expectativas que impulsan a sus acciones políticas, no ya desde un punto de vista militante sólo, sino también del que surge de su compromiso con Jesucristo.

No obstante, pensamos que una reflexión sobre la esperanza cristiana, sobre las promesas que la despiertan y los símbolos que la apelan, es sumamente necesaria en este momento de la historia latino-americana. En ese sentido, y como una primera tentativa de aproximación al tema que nos ha sido propuesto es que vamos a intentar apreciar cómo se conectan algunos esfuerzos por concretar una nueva sociedad y un nuevo hombre en América Latina (que suponen compromisos políticos) con los símbolos bíblicos que señalan a la renovación total del hombre, de la sociedad y de la creación. El enfoque de este tema, de acuerdo a lo señalado anteriormente sobre la carencia de situaciones concretas que lo iluminen con mayor precisión, será primordialmente teórico. Y, creo que es deber señalarlo, supone por parte mía una opción en favor de los que buscan el cambio y en contra de quienes están en pro del *statu-quo*.

A. LOS SIMBOLOS Y LOS MOTIVOS

El pensamiento bíblico constituye una ruptura entre las diversas corrientes culturales de la antigüedad por muchas razones. Una de ellas es la que se refiere a la concepción del hombre; si para la cultura de la India, o para la de Grecia, el ser humano es concebido a partir de una cosmovisión predominantemente religiosa, en cambio en la Biblia la noción de hombre surge como resultado de una experiencia histórica concreta. Esto que tiene que ver con el hombre, también se refleja en la consideración de la sociedad; para las culturas no bíblicas, el ordenamiento de la misma se daba a partir de elementos religiosos (India, Egipto, Grecia, Roma), en tanto que la concepción bíblica de la sociedad — si bien se expresa a través de símbolos con gran contenido religioso — se desarrolló desde la experiencia de la liberación del pueblo hebreo, y continuó enriqueciéndose a lo largo de la historia gracias a nuevas perspectivas sobre el particular que iban siendo descubiertas a través de las peripecias que le tocó vivir a ese pueblo en su itinerario histórico.

Esta ruptura entre la Biblia y las corrientes culturales de la antigüedad da la pauta para comprender sus diferentes maneras de entender el proceso de humanización y de socialización. Para el pensamiento no-bíblico, lo humano resulta de un proceso de progresivo descubrimiento y puesta en práctica de las virtudes inherentes al ser del hombre. Del mismo modo, la sociedad más próxima a la perfec-

ción es la que se ordena de acuerdo con la sociedad original, divina. Así es como, tanto en la búsqueda de lo humano como de lo social, se predicaba un retorno a las fuentes. La historia, en tanto proceso que se desenvuelve en el tiempo para culminar en el futuro, no era tenida en cuenta. En cambio, para la Biblia, el hombre es un ser que toma dimensión en la historia y a partir de la historia. La experiencia histórica de la liberación del pueblo de Israel en Egipto, del Exodo, del Pacto, de la predicación de los profetas, del Exilio, de la diáspora, la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, la multifacética experiencia de las comunidades cristianas del siglo I D. C., han sido momentos que han permitido a quienes se mueven dentro del marco del pensamiento bíblico comprender que el ser humano no se concreta volviendo hacia sus orígenes, y que la sociedad tiene que ordenarse no a partir de un comienzo que se pierde en el tiempo, sino según sus metas, sus objetivos. O sea, que el hombre es **Homo Viator** y la sociedad es **Communio Viatorum**; por eso mismo se proyectan hacia adelante a través del tiempo, hacia su cumplimiento futuro.

En consecuencia, para la Biblia, la meta de la humanización es el hombre nuevo, así como la del proceso social es la nueva sociedad. A través de las páginas de la Escritura, una y otra vez se hace referencia a ellos y nadie puede negar que estos elementos bíblicos han servido de modo fundamental para alimentar sucesivos impulsos por concretarlos. Por otra parte, tanto el concepto del "hombre nuevo",

como la noción de una nueva realidad social, el "Reino de Dios", o la "nueva Jerusalem", se reclaman mutuamente; en efecto, no puede haber una nueva sociedad sin seres humanos renovados, pero al mismo tiempo cabe señalar que la renovación del individuo no puede perdurar a menos que la misma se desarrolle en un contexto social que la propicie. O sea, que no puede haber hombres justos donde no existe la justicia; que no pueden existir seres que realmente amen a otros en una sociedad dominada por un egoísmo tal que hace prevalecer el sentido individualista antes que la responsabilidad social. La Biblia, precisamente, enfatiza la conexión necesaria entre la renovación del ser humano y la nueva sociedad (cf. especialmente Mt. 6y7, partes del Sermón del Monte en las que las exigencias por el hombre nuevo no pueden ser disociadas de las que claman por una nueva sociedad).

Corresponde aclarar, no obstante, que como todo aquello que corresponde a las últimas cosas, el hombre nuevo y la sociedad nueva, aún no están cumplidos. Tienen, por lo tanto, una dimensión escatológica. Esto quiere decir, que así como lo último está en proceso de realización, también estos símbolos que de alguna manera aluden a lo último, están en vías de concretarse. La fe bíblica entiende, por lo tanto de esta manera, que esto no se produce mágicamente; las páginas de la Escritura dan testimonio de cómo, a lo largo del tiempo y a través de circunstancias históricas diferentes, se ha ido precisando el significado de lo que se entiende

por "nuevo hombre" y "nueva sociedad" (o nuevo mundo). O sea, que si para la Biblia es fundamental una acción transcendente para dar cumplimiento a estos conceptos de proyección escatológica, eso no excluye la responsabilidad histórica de ir preparando el camino para que dicho cumplimiento pueda ser factible (cf. Bonhoeffer: **ETHICS**, pp. 94/95. Ed. SCM Press; London, 1955). Se advierte, pues, en el marco de la historia a la que hace referencia la Biblia una dialéctica entre el símbolo y el signo. El símbolo apela a la conciencia de los hombres hacia una acción que lo signifique, por un lado dicha acción en tanto precisión significativa del símbolo implica una negación de éste, o por lo menos, una limitación de sus significados. Más, por otra parte, dicha significación implica también — en tanto precisión del significado del símbolo — una ratificación y revitalización del mismo. De ahí que no extraña el hecho de la perdurabilidad y fortalecimiento constantes — en sus múltiples traducciones por ideologías religiosas o secularizantes — de los símbolos bíblicos del "hombre nuevo" y de la "nueva sociedad" (al que la Biblia alude de múltiples maneras: Reino de Dios, Nueva Jerusalem, etc.).

Del rico contenido de estos símbolos quisiéramos poner de relieve tres elementos. En primer lugar, la noción del "**hombre pleno**", aquel que tiene una vida abundante, la que se manifiesta en su sentido de responsabilidad social. El "buen Samaritano" es, quizás, la expresión bíblica más conocida que hace referencia a este elemento; se tra-

ta de la persona que ya no está dominada por el egoísmo, y que por eso mismo se empeña y se compromete por concretar el bien del prójimo. En una época en la que la sociedad se articulaba a través de relaciones primarias, esa responsabilidad social se entendía como un servicio que se daba de uno a otro cara a cara. Más, en un tiempo de complejidad social creciente, esta responsabilidad social tiende a superar el trato de individuo a individuo, y procura concretarse buscando la creación de condiciones sociales que permitan el desarrollo de una personalidad humana responsable, libre de egoísmos, que tienda siempre a propiciar y hacer posible la renovación de la vida de todos. Es en este sentido, precisamente, en que apela Jesús al hombre de nuestro tiempo. A medida que se responde afirmativamente a dicho desafío ("llamado", "vocación", etc.), Jesús se va conformando entre los hombres (Rom. 8:29; Fil. 3:10). O sea, que se va precisando así el significado del símbolo del "hombre pleno", de "vida abundante", que ha tenido en su persona la manifestación más cabal.

En segundo término y en relación con esa personalidad que procura cumplir con las exigencias que se desprenden de su responsabilidad social, otro de los elementos implícitos en las nociones del "nuevo hombre" y de la "nueva sociedad" es la exigencia de la **justicia**. Ella es prioritaria, según Jesús, entre las exigencias que se desprenden para el hombre nuevo (Mt. 6: 33-34). Esta demanda se entiende, por lo menos en dos sentidos:

en el primero, personal, aparece como una exigencia de rectitud en las acciones de cada hombre. En el segundo sentido, el social, la exigencia de justicia implica la instauración de un nuevo orden social. En éste, la meta ya no debe ser el provecho y el enriquecimiento individual, sino la distribución equitativa de la riqueza para el bien de todos. La nueva sociedad será, precisamente, nueva, porque será una sociedad justa, cosa que no se puede decir de la actual. Y dicha "sociedad justa" es la que corresponde a la voluntad de Dios (Mt. 5:15), y en ella "ya no habrá muerte, ni habrá más lamentación, ni llanto, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apoc. 21:4). Cuando la comunidad cristiana primitiva de Jerusalem tuvo que responder a la exigencia de dar contenido a este elemento de justicia propios de la nueva sociedad, optó por practicar la comunidad de bienes como camino a través del que se hacía justicia con los desheredados y nuevos privilegiados. Así se ve como, en una forma transitoria, se respondía a la necesidad de justicia que trae consigo la nueva sociedad.

Junto con la exigencia de la justicia, para la Biblia es imprescindible la paz: "La paz y la justicia se besaron" (Salmo 85:10), cantó Israel cuando volvió de la cautividad babilónica imbuido por el espíritu de justicia social. Es que, en el concepto bíblico, la paz no se obtiene por la ausencia de tensiones y conflictos, sino que es entendida como el resultado del duro ejercicio del hombre, que trata de ser fiel en sus acciones a lo que entiende es la voluntad de Dios. La

paz, shalom en el A. T., es una paz construida diariamente, es el resultado de un costoso esfuerzo. Este incluye el haber dado cumplimiento a las exigencias de justicia que implica la nueva sociedad. O sea, que no puede haber paz mientras no haya justicia. La ausencia de guerra, cuando va acompañada de la explotación de una nación por otra, no es sinónimo de paz para la Biblia. Más bien, la paz es algo que se consigue cuando la convivencia humana se da como un hecho comunitario que permite ser solidarios a todos los hombres, tanto en sus riquezas como en sus obligaciones. En consecuencia, no todo tipo de coexistencia significa que hay paz. Esta última existirá cuando los seres humanos y las naciones encaren su convivencia de manera solidaria y no en forma competitiva; cuando predomine la responsabilidad social y no el afán de provecho propio, resumiendo: cuando hombres y naciones organicen su existencia común de manera armónica y tendiente a la felicidad de todos.

Por lo tanto, el mensaje bíblico y muchas otras corrientes del pensamiento humano que se han inspirado — consciente o inconscientemente en él — no tienen una visión pesimista del proceso histórico, ni pretenden escapar al mismo. Más bien, entienden la historia como el escenario en el que toma forma el hombre nuevo y se va precisando el significado de la nueva sociedad. En este acontecer, como ya se ha dejado entender, las motivaciones que surgen del mensaje bíblico han desempeñado y tienen todavía un rol que de ninguna manera puede ser menospreciado.

B. LAS MOTIVACIONES BÍBLICAS Y LA CONFORMACIÓN DE UNA NUEVA SOCIEDAD

Ya se ha hecho referencia a la dialéctica de símbolo — significación; vimos entonces escuetamente cómo una acción significativa precisa al símbolo y enriquece su contenido al mismo tiempo. Teniendo en cuenta este elemento, resulta entonces importante plantearse el siguiente interrogante: ¿Cómo van tomando forma y contenido concretos estas motivaciones en la realidad socio económica? O, dicho de otra manera: ¿Cuál será la forma de la nueva sociedad que se procura alcanzar? Tratando de responder a estas preguntas es que podremos ir pasando desde el símbolo a significados concretos del mismo.

Está, en primer lugar, la búsqueda del hombre nuevo. Hemos indicado precedentemente, y lo volvemos a repetir para eliminar así todo equívoco, que la renovación de la personalidad es perdurable en tanto ella se da con la creación de nuevas condiciones de vida para la existencia humana. Sólo así se puede asistir al mantenimiento del hombre nuevo. O sea, que una personalidad imbuída de sentido social pleno exige la solución de problemas que son básicos para la vida del hombre: el de la vivienda decorosa y digna, el de su sustento cotidiano, el de la posibilidad de dar cumplimiento satisfactorio a su vocación por el trabajo, el de la salud, el de la educación, etc. De una manera muy precisa esto fue puntualizado por Bonhoeffer, hablando de la justificación del hombre por la gracia de Dios, como la

culminación del proceso de humanización, señalaba que de ninguna manera ello exime del ejercicio de la responsabilidad social que le corresponde al ser humano: "El hambriento necesita pan y quien no tiene hogar un techo, el desposeído necesita justicia y el solitario compañía, el indisciplinado necesita orden y el esclavo libertad. Permitir que el hambriento siga siendo hambriento sería blasfemia contra Dios y contra el prójimo. Es por el amor de Cristo, que pertenece tanto al hambriento como a mi mismo, que debo compartir mi pan con él, así como mi morada con quien no tiene hogar, (...) Proveer de pan al hambriento es preparar la venida de la gracia" (Bonhoeffer, **ETHICS**, p. 95).

Lamentablemente, vivimos en un mundo en el que las dos terceras partes de la humanidad vive con hambre, en el que se acentúa — especialmente en las naciones subdesarrolladas — el déficit de vivienda, en el que la desocupación crece sin que se le dé a todos oportunidades para realizarse a través del trabajo, en el que la salud es un privilegio y no un derecho, en el que la educación cuesta mucho y cada vez son más quienes no pueden llegar a usufruirla. La minoría que aprovecha de estos bienes participa, consciente o inconscientemente, de un sistema que hace prevalecer la injusticia; en efecto, pocos oprimen a muchos, impidiéndoles así llegar a vivir una existencia realmente humana. La sociedad opulenta no es sólo el resultado del progreso tecnológico, sino principalmente de la explotación deshumanizante que ejercen quienes detentan "el monopolio inter-

nal del dinero" sobre la gran mayoría de la humanidad.

Este desequilibrio, esta irracionalidad, clama ser corregida para que muchos seres humanos puedan ver solucionados sus problemas básicos. Se impone, pues, erradicar el hambre; dar techo a todos de manera que sea digna del hombre; proporcionar trabajo, ampliando las fuentes del mismo; extender los servicios de la salud, de la educación, etc. Con estas cosas, a las cuales todo ser humano tiene derecho, no se puede especular. Cuando tal cosa ocurre, se está atentando alevosamente contra los hombres.

A partir de la satisfacción de esas necesidades, si se quiere, derechos humanos, se puede comenzar a pensar de manera realista en el desarrollo integral del individuo. En efecto, superadas las condiciones que en la mayoría de los casos tienden a la deshumanización, la persona humana habrá de buscar constantemente su renovación. Es aquí cuando entonces tendrá vigencia plena el concepto de "educación permanente" en el que tantas esperanzas depositan algunos pedagogos de nuestro tiempo (Cf. Pierre Furter: **EDUCAÇÃO E REFLEXÃO; EDUCAÇÃO E VIDA**; Ed. Vozes, Petrópolis; 1967). En virtud de esta concreta igualación de derechos, ya no se habrá de asistir al triste espectáculo que ofrece tanta existencia humana frustrada. Habiendo satisfecho sus necesidades fundamentales, el individuo no sólo se limitará a realizarse a través de un trabajo que sólo le brinda un salario, sino que propenderá a hacer de toda su existencia una vocación polifacéti-

ca; además de su trabajo asalariado podrá dedicar su atención y esfuerzo a otros aspectos de la actividad y el saber humanos. Desaparecerá entonces la división del trabajo, puesto que en virtud de las nuevas condiciones existenciales el nuevo hombre podrá ser un trabajador intelectual como manual.

Es importante subrayar que el nuevo hombre será un trabajador. A través del trabajo irá creando nuevas condiciones para el desarrollo de su existencia, posibilitando así la transformación de la misma. Que todo hombre sea trabajador, y que el destino de cada uno se vea cumplido a través de una actividad laboral acorde con la propia vocación, implica que todos los miembros de una sociedad habrán de tener idénticas oportunidades en la vida. Así se borrarán y serán superadas las injustas y ociosas distinciones que provienen de privilegios y opresiones que ya no pueden ser aceptadas. Pero hay algo más: idénticas oportunidades para todos implican también idénticas responsabilidades y retribuciones del mismo tenor. Es que el hombre nuevo, a diferencia del que ahora somos, rechazará toda idea de rango o jerarquía que permita establecer nuevas distinciones en la sociedad.

Poco a poco hemos ido pasando del primero al segundo punto que vamos a aludir: del hombre nuevo hemos llegado a la nueva sociedad. Y ello es natural y propio, porque como ya se dijo, ambos elementos son indisociables. ¿Cómo será la nueva sociedad, dónde se desarrollará el hombre nuevo? Responder a esta pregunta supone ya hacer una opción: necesariamente será

una sociedad en la que todas las estructuras y los instrumentos de poder habrán sido socializados. Entiéndase bien: no se trata sólo de socializar los medios de producción, sino también de abrir los cauces correspondientes para que la participación de todos en el proceso de toma de decisiones sea lo más amplio posible.

Es necesario evitar a todo costo que un pequeño núcleo de personas — políticos y tecnócratas — sea el único que decide por todos. Más bien, se habrá de procurar que todo el pueblo, en todos sus niveles responsables, participe de lleno en la discusión sobre los caminos a seguir, y en las decisiones que seguirán a tales discusiones. Resumiendo, la nueva sociedad en la que se expresará el nuevo hombre será de carácter comunitario y colectivista. Por supuesto, en ella habrán quienes ejercerán tareas de conducción y dirigencia; empero, éstos habrán surgido del pueblo y estarán a su servicio. De ninguna manera se podrá permitir que haya quienes pretendan imponerse al pueblo y mandarlo ignorando la voluntad de la colectividad.

En una organización social de esta índole, que procura la participación total de sus miembros en su proceso, la libertad no estará restringida salvo en aquello que atente contra lo establecido por la mayoría de la colectividad. La práctica científica y el arte gozarán necesariamente de libertad; en efecto, tanto la primera como el segundo son formas de trabajo, expresión del hombre nuevo, medios para la renovación y transformación del mundo y no sólo de su conocimiento. La nueva sociedad

procurará fundamentalmente, entonces, que el científico y el artista ya no estén más en oposición con el mundo donde viven, sino que por el contrario estén en acuerdo con él. Este acuerdo supone el ejercicio de la libertad que es necesario para la transformación de la realidad. O sea, que de ninguna manera en la sociedad nueva se restringirá el diálogo que lleve a un cambio benéfico para todos, del mundo dado.

Sólo así, a través del ejercicio de la libertad necesaria para cambiar la sociedad, es que se podrá llegar a la liberación final del hombre, de los estímulos que lo condenan al super-consumo. En efecto, el hombre no es más porque tiene más, sino porque su ser es más libre, menos limitado, menos apegado a las cosas. O sea, que la nueva sociedad no puede ser modelada de acuerdo a las pautas de una sociedad de consumidores. En ésta, lo humano está subordinado a las cosas, y por lo tanto cosificado como ellas. Más bien, la nueva sociedad tendrá la medida de la libertad y de la justicia, entendidas no tanto como valores, sino como expresiones del ser del nuevo hombre.

Consecuentemente, la tendencia a la competencia mutua y al enriquecimiento individual tendrán que ser erradicadas. Como no importa tanto el "tener más" sino el "ser más" y dado que la nueva sociedad y el nuevo hombre se habrán de expresar a través de formas en las que se concretarán la solidaridad, la vida comunitaria y colectiva, el enriquecimiento personal será dejado de lado al enfatizarse el **enriquecimiento social**. Este supone la puesta en marcha de ciertos pro-

cesos que llevan al ascenso sincrónico y homogéneo de toda la sociedad. De este modo, el espíritu competitivo es superado por la práctica de la solidaridad

De este modo habrán de ir tomando contenido las exigencias que el pensamiento bíblico y otras corrientes ideológicas postulan para la formación de un nuevo hombre y la creación de una nueva sociedad. A muchos puede ser que estas concepciones parezcan utópicas e idealistas. Utópicas sí, entendiéndose por utopía el resultado de la función humana que intenta visualizar el futuro (lo que ya constituye una aproximación a su realización). Idealista, no, sobre todo si se tienen en cuenta que existen planes y esfuerzos que ya tienden en dar concreto contenido a estas aspiraciones humanas. Y además, si se repara en la historia del pueblo de Dios entre los demás pueblos: partiendo de una promesa de renovación plena de la persona humana, de la sociedad y de la creación, ese pueblo ha sido testigo del cumplimiento de dicha promesa. Este cumplimiento, a lo largo del tiempo ha tomado muy diferentes formas, cada una de las cuales ha significado a su vez y en su oportunidad una nueva reformulación de la promesa de Dios que ha dado nacimiento a la esperanza.

En la actualidad, las esperanzas humanas de un mundo mejor y de la formación de un nuevo hombre, se nutren — consciente o inconscientemente — de esa promesa que la Biblia testimonia como cumplida y reformulada constantemente. Y así como el creyente "no debe estar meramente dispuesto a ofrecer una diferente interpretación del mun-

do, de la historia y de la naturaleza humana, sino a transformarlas en la expectativa de una transformación divina" (Moltmann: **Theology of Hope**, p. 84. Ed. SCM Press Ltd., London; 1967), también quien hoy se ha comprometido políticamente por el advenimiento de un mundo mejor, ejerce su esperanza en forma activa y no pasiva. Es que las promesas de Dios son, al mismo tiempo, un llamado a la acción, como muy bien nos lo enseña San Pablo, quien no aconseja una actitud pasiva ni defensiva frente al cumplimiento de la promesa que nutre nuestra esperanza, sino una posición de alerta y vigilancia, de responsabilidad y acción compro-

metida: "Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y que no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. **Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios**" (I Tes. 5, 1-6).

;